

POR JORGE MARTÍN FRÍAS

«EUROPA NO ES PROPIEDAD DE NINGÚN GRUPO NI INSTITUCIÓN»

Margaret Thatcher, un liderazgo de época



En el centenario del nacimiento de Margaret Thatcher, resulta, cuando menos, difícil señalar en pocas palabras algunos de los elementos más definitorios de su personalidad e indudable liderazgo. Un liderazgo que destacó entre las grandes figuras contemporáneas de nuestra historia reciente y que no albergaba más estrategia que la de la convicción.

Thatcher fue muchas cosas, pero si algo podemos destacar de ella es que fue una política disruptiva, valiente y visionaria. Disruptiva dentro de su propio partido, compuesto en gran medida por personas de linaje aristocrático. Maggie, en cambio, era la hija de un tendero. Esa raíz modesta marcó su visión moral del mundo y de su nación: una ética del esfuerzo, la responsabilidad y el mérito, más cercana a los *little platoons* de Burke que a los proyectos grandilocuentes de los proveedores de la «felicidad organizada», esa ingeniería social diseñada por los socialistas y comprada por los liberales y conservadores tontos de todos los partidos.

Burke hace referencia a la pequeña comunidad en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* como una figura intermedia: una comunidad de afectos y lealtades hacia lo próximo (frente a lo abstracto), que escapa a los grandes y «racionales» planes sobre los que se sustentaba la Revolución Francesa y que acabaron por expresarse en la guillotina. «Nuestro afecto hacia el núcleo al que estamos vinculados y el cariño hacia el pequeño grupo social al que pertenecemos es el primer principio —el germen, por así decirlo— del afecto a la patria. Es el primer eslabón de la cadena que nos lleva al amor a nuestro país y a la humanidad».

A más de un lector familiarizado con Thatcher le sorprenderá la cercanía de la Dama de Hierro con Burke —citó en más de un discurso este párrafo en concreto—, sobre todo si recordamos las declaraciones suyas sobre la sociedad que los medios tergiversaron. Los titulares destacaban que afirmaba que «la sociedad no existe», pero omitían lo que seguía: «la sociedad no existe. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias». Hay cuerpos intermedios.

En aquellos años —como se ha vuelto a olvidar después, permitiendo avanzar proyectos colectivistas y contrarios a los principios más básicos de los derechos fundamentales, del principio de representatividad y sus límites, o de la planificación soviética— el signo de los tiempos era, como hoy, liquidar todos los espacios de libertad. Thatcher vino a imponer un tiempo nuevo, al mismo tiempo que perseguía recuperar la autoestima nacional del Reino Unido y poner fin a la imagen de «una nación en retirada».

Otra característica destacable de la Dama de Hierro fue su voluntad de acabar con la manía de gobernar con el permiso de quienes habían perdido las elecciones. Gobernó cumpliendo con el programa con el que se había presentado, sin moldearlo por temor a que las decisiones gozaran de buena prensa entre la opinión publicada —y la pública—. Su carácter valiente y rebelde, que en más de una ocasión le granjeó el desapego de sus compañeros de partido y motivó la puñalada final, la hizo claramente distinguible y distinguida por sus homólogos de otras naciones, como Ronald Reagan.

Su firmeza y determinación quedaron demostradas no solo a la hora de implementar medidas económicas, sino también en su modo de enfrentar las campañas de asesinatos del IRA, que decidió llevar los atentados terroristas de Irlanda del Norte a Inglaterra. No sabemos si leyó el poema de Kipling *Ulster* (1912) -y, en concreto, el verso «se sabe, a fin de cuentas. Ceder es perecer»- no cedió ante los actos de propaganda por el terror, aun siendo ella misma víctima del atentado perpetrado en Brighton, en el hotel donde se alojaba junto a otros miembros del Partido Conservador. Se encontraba allí con motivo de la convención del partido y, lejos de cancelar el evento, Thatcher mantuvo su discurso horas después del atentado. Cancelarlo sería conceder una victoria: «Fue un intento no sólo para romper y poner fin a nuestra Conferencia, fue un intento de paralizar el Gobierno democráticamente elegido de Su Majestad. Esa es la magnitud de la indignación que todos hemos compartido, y el hecho de que nos hemos reunido aquí hoy -golpeados-, pero compuestos y determinados, es un signo no sólo de que este ataque ha fallado, sino que todo intento de destruir la democracia a través del terrorismo fracasará». No era la primera vez que el terrorismo golpeaba su entorno: antes ya habían segado la vida de personas cercanas, como Airey Neave, uno de sus colaboradores más próximos antes de llegar a Downing Street, portavoz para Irlanda del Norte del Partido Conservador y destinado a ocupar la cartera del Ulster en un futuro gobierno *tory*. Nada alteró su determinación.

Pero hay otro rasgo de su pensamiento que hoy resulta de enorme actualidad: su visión sobre los organismos internacionales y sobre el Estado-nación. Muy en particular, en lo relativo a la Unión Europea. En este sentido, es muy interesante acudir tanto a su discurso ante el Colegio de Europa (septiembre de 1988), conocido como el *Discurso de Brujas* - que editó en español en abril de 2024 el Instituto Res Pública (Chile) - como el primer tomo de sus memorias *Los años de Downing Street*.

Ese discurso, el de Brujas, podría ser asumido, en gran parte, por los partidos que integran hoy los grupos de Patriotas por Europa y de Conservadores y Reformistas. En su intervención, Thatcher señalaba que la idea de Europa «no es propiedad de ningún grupo ni institución». No es un fin en sí mismo (obsérvese que hoy todo aquel que cuestiona la dirección de la Comisión Europea —de populares, socialistas, verdes, etc.— es automáticamente tildado de «antieuropeo»). Insistía además en que la Comunidad Europea era una manifestación de la identidad europea, «pero no la única». «Pertenece a todos sus miembros. Debe reflejar las tradiciones y aspiraciones de quienes forman parte de ella».

Por último, aunque la totalidad del discurso merece ser leída —y en algunas cosas podremos estar en desacuerdo, claro que sí—, advertía que aquel organismo, que debía basarse en la cooperación voluntaria entre Estados, estaba tomando una deriva centralizadora siguiendo el ejemplo de la Unión Soviética, y subrayaba que era un error tratar de hacer de la Unión unos Estados Unidos de Europa.

Thatcher detectó, además, cómo muchos dirigentes europeos habían hecho una lectura errónea de la Segunda Guerra Mundial, con efectos negativos para la supervivencia de los Estados-nación —una preocupación muy presente en sus intervenciones—. Así escribía en sus memorias:

«Así que de la Segunda Guerra Mundial extraje una lección que distaba mucho de la hostilidad hacia la nación-estado manifestada por algunos estadistas europeos de la posguerra. Mi punto de vista era —y es— que solo será posible construir un internacionalismo eficaz si lo hacen naciones fuertes que pueden recurrir a la lealtad de sus ciudadanos para defender y hacer respetar las normas civilizadas de conducta internacional. Un internacionalismo que procure suplantar a la nación-estado, sin embargo, pronto se irá a pique ante la realidad de que muy pocas personas están dispuestas a llevar a cabo sacrificios auténticos por él. Por lo tanto, es probable que degenera hasta convertirse en una fórmula para debates interminables y muchas lamentaciones».

Son muchas las cualidades de *Mrs. Thatcher*, y sus políticas supusieron un revulsivo en el ámbito cultural, político y económico. No todas sus decisiones fueron acertadas —como señaló después algún intelectual de su propio ecosistema, como John Gray—. Pero, si hay algo incuestionable, es su actitud valiente y tenaz para hacer frente a las grandes adversidades e ir a contracorriente de los mantras de su tiempo, siendo fiel a sí misma, como si su único temor consistiera en defraudarse a sí misma y a las ideas que defendía.